

HÉCTOR ROJAS HERAZO¹

La espada de fuego

A la diestra la llama de Dios, viva
palpitando como un ave de diez alas
y nutriendo el silencio con su vuelo encendido.
Nosotros estábamos descansando de haber sido hechos.
De sabernos sombreros y flores
y trenes futuros y locos por una gran pradera.
Nosotros no sabíamos
de la fuerza que tienen las raíces para apretar un ataúd
ni conocíamos el pan, la sal, el agua
ni el espeso follaje de un párpado cuando oculta un deseo.
Nosotros éramos solo eso:
un montón de asombro,
dos brazos que cubren un rostro para huir,
dos vientres locos,
dos niños sin salida por un túnel de espinas.
¡Ay!, nos dieron un peso de sombra en cada vena
un ojo para cada cosa,
una valla de tacto,
un olor que se empapa de nosotros

¹ Poeta, novelista, pintor y periodista colombiano (1921-2002). Adicionalmente a su producción plástica y en literatura narrativa, su obra poética incluye *Rostro en la soledad* (1952), *Tránsito de Caín* (1953), *Desde la luz preguntan por nosotros* (1956), *Agresión de las formas contra el ángel* (1961) y *Las úlceras de Adán* (1995). Poeta Laureado (1991) recibió numerosos galardones y reconocimiento a su producción y trayectoria.

y una risa encendida por la muerte.
 ¡Ángel, hermano ciego,
 puro,
 míranos ahora desposeídos de tu alegría y de tu llama!
 Desnudos
 como un pensamiento en la mitad de una conciencia.
 Tiritantes
 suplicando que no nos quiten esto.
 Que nos dejen los muslos temblorosos de una mujer pariendo,
 que nos dejen un sapo bajo un arbusto
 y un peluquero mirando el vaho de una infamia
 mancharle su perita de alhucema.

Que nos dejen oler — ¡hasta el suplicio! —
 una botella donde un misógino envejecido
 ha atesorado todos los orines que no pudo vaciar
 en el sexo de una mujer difunta.
 Que nos dejen masticar cáscaras de guayaba
 y lamer cucharas sucias de gas bajo las camas
 o mirar fijamente la palidez de un hombre cuando duerme.
 Que nos llamen fulano,
 tulipán,
 comadreja.
 Para algo vimos un caballo relinchando
 furiosamente iluminado por el alba.
 Para algo vimos cómo se gastaba un peldaño
 y un niño repetía — hasta volverlo pájaro o sombrero —
 el nombre de un país oculto en la bisagra de un pupitre.
 Para algo fuimos hormiga taciturna
 con una hojita de almendro en las antenas.
 ¡Ay!, y fuimos calles y ciegos con bastón
 y mugre de unas manos
 frotando el mobiliario de una casa enlutada.
 ¡Siempre, siempre,
 hemos de regresar a nuestras sienas
 a buscar nuestros ojos,
 a comernos los hígados,
 a vestirnos de baba los dientes y la lengua!
 ¡Y allí — parado y mudo en cada pan del día,

en cada represalia de la luz y del humo—
tu gran espada ardiendo, ángel mío,
tus grandes ojos ciegos y el brío de tu frente!
Ay, la almohada,
la nariz resoplando,
las baldosas cuadradas,
todo lo que se apaga cuando vibra tu fuego.
El río que busca su rumbo,
los ojos que quisieran otras órbitas,
la piel que se resiente
de tanto ser golpeada por huesos y palabras
que nuevamente quisieron ser terrón o semilla.
La yerba, sí la yerba como vello del mundo.
Y esa luz que nos llama en cada sombra,
una luz de esta tierra
de una hoja, ángel mío, de una torre,
de algo que ha de viajar por siempre con nosotros.
Nos dejaste hambrientos.
Con extraña alegría
colmaste nuestra fuente de avidez y sonido.
Nos hiciste de presagio y de sangre,
de cosas que se pudren huyendo,
de animales que llaman simplemente y se apagan.
Encendidos.
Todo lo que tocamos lo herimos con tu fuego.
Tú nos asistes.
Cada pulso eres tú,
cada segundo es pluma de tus alas,
cada palabra guarda en su silencio el lirio de tu enigma.
Y tú, ángel,
disperso en tanto belfo,
en tanto enero mío,
en tantas cosas que he apretado
con inocente afán y dura garra,
por no caer,
por aferrarme al mundo,
por no morir de espaldas talado por tu fuego.

El Barro Escoge un Hombre

El barro escoge un hombre, lo señala y madura,
 le da su resplandor y su fuerza callada
 y un poco de ceniza le derrama en la sangre.
 Después el hombre busca, se deshace, recuerda,
 desovilla sus horas,
 pone a trasluz su sangre
 y una tarde comprende que ha triunfado el olvido.
 Es el tiempo, se dice,
 pasó por mi cabeza
 llovió en mí
 tembló sobre mi pecho
 y otro labio encendió para henchir mi tristeza.
 Entonces busca, mira, regresa por su frente,
 pregunta en el invierno por su roto verano.
 Y solo el aire, el sueño, las cosas vagas, una amarga dulzura,
 lo hieren sin herirlo, lo deshacen cantando.

Súplica de amor

Por mi voz endurecida como una vieja herida;
 Por la luz que revela y destruye mi rostro;
 Por el oleaje de una soledad más antigua que Dios;
 Por mi atrás y adelante;
 Por un ramo de abuelos que reunidos me pesan;
 Por el difunto que duerme en mi costado izquierdo
 Y por el perro que le lame los pómulos;
 Por el aullido de mi madre
 Cuando mojé sus muslos como un vómito oscuro;
 Por mis ojos culpables de todo lo que existe;
 Por la gozosa tortura de mi saliva
 Cuando palpo la tierra digerida en mi sangre;
 Por saber que me pudro.
 Ámame.